

2110

LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Autoridades

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | www.conabip.gob.ar

★ 2110 ★
LA
ARGENTINA
DEL
TERCER
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular
del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación general:

María Julia Magistratti

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Diseño y diagramación:

Laura Rovito

Ilustraciones:

Pablo Bernasconi

Colaboraron especialmente con esta edición:

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

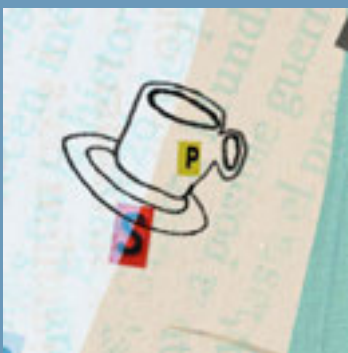
Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Índice

Presentación	7
Prólogo de Ricardo Piglia	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i>	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i>	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i>	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i>	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i>	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i>	53
Juan Forn / <i>Así</i>	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i>	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i>	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i>	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i>	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i>	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i>	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i>	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i>	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i>	117
María Moreno / <i>El parto</i>	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i>	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i>	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i>	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i>	163



*La libertad es clandestina.
María Inés Aldaburu*

–Hagamos un picnic –dijo Odo.
La Meme sonrió y movió la cabeza: sí–sí, sí–sí.
–¡Un qué! –gritó Vivi.
–No grites, Vivi –dijo Mamy.
–Vivi siempre grita –dijo Ofelia desparramando migas por todos lados.
–Qué andás comiendo vos –dijo Ergelinda, como si no tuvieras educación ni seso, mirate, pero mirate un poco, quién te va a querer.
–Sobran hombres –dijo Ofelia (más migas) y tragó.
–Un picnic –dijo Odo– es una comida en el campo. Nos subimos todos al auto con grandes canastos con comida, champagne, manteles, copas y esas cosas sin olvidarse de la sal ni del tirabuzón, buscamos un lindo lugar y allí bajamos, nos sentamos y comemos.
Se oyó la vocecita de la Meme:
–Sí, sí –decía–, sí, sí.
–¿Ven? –porfió Odo– La Meme está de acuerdo.
–Callate, idiota –dijo Ergelinda.
Con cierta razón, ya que hacía años pero años que lo único que la Meme decía era sí–sí, sí–sí.
Bienaimé leía un diario de julio pasado y de vez en cuando apartaba los ojos y los enfocaba en las piernas de Luci.
–Luci, bajá esas piernas –dijo Aída–, vea qué pose para una niña.
–Ya oíste, Bieni, no mires más –dijo Luci.
–Podríamos, ¿eh? –dijo el Piojo.
–Podríamos qué –preguntó alguien, uno de los tíos.
–Como despedida a Leila.
–No sé por qué la vamos a despedir a Leila –dijo Mamy– si después de que se case va a seguir viviendo con nosotros. Eso de despedirla es una estupidez.
–La despedimos de soltera –dijo Ruca.
–Con un picnic –dijo Odo.
Cómo se las arregló Odo para convencer a todos, y más que a todos a Mamy, eso es un misterio, pero la cosa es que Mamy levantó el tubo del teléfono interno y estuvo pedaleando un buen rato hasta que atendieron

en la cocina. Después de decir pero se puede saber qué estaban haciendo que no atendían negras haraganas bien que se apuran cuando tienen que ir al baile, encargó pollos, ostras, palmitos Creuzier, salmón ahumado, sandwiches de pepino, champagne y helados.

–El salero y el tirabuzón, no te olvides –apuntó el Rata.

–Y el salero y el tirabuzón y un mantel ¡bien planchado! ¡Que yo no vaya a encontrar una arruga, una sola! Y platos y cubiertos y servilletas y copas y pan y café todo en canastos dentro de una hora sin falta.

–¿Y la Meme? ¿Llevamos a la Meme? –preguntó Faustito.

–Pero por supuesto –le dijeron.

Uno de los chicos dijo ufa y menos mal que Mamy no alcanzó a ver quién.

Bajaron la escalinata, apareció el auto, todo al segundo, cronometrado, perfecto. Mamy aprobó. Los primos y las primas corrieron empujándose.

–¡Quietos! –gritó Magala– Habráse visto. Primero la Meme, después los mayores, y después ustedes, como corresponde.

Se apartaron que ni el Mar Rojo. El gran sillón Chippendale se deslizó majestuoso, o quizá no tanto, trac, trac, trac, en las juntas de las baldosas.

–Sí, sí –dijo la Meme.

El sillón tenía un motorcito comprimido electrónico bajo el asiento que se activaba sin siquiera tocarlo, con un control remoto en el anillo de Mamy. Era una joyita que había inventado Luluca un mes justo antes de la explosión que menos mal que fue en la caballeriza a la que le habían trasladado el taller y no en la casa. De Luluca no quedó nada, ni la barba, pero Mamy que está siempre en todo dijo que había que pensar en los compromisos y en que era una noticia como para que en esa semana se publicara el diario, así que lo velaron a Vicentito a cajón cerrado. Vicentito era el hijo del segundo jardinero y le hacía de ayudante a Luluca, y de Vicentito sí había quedado el cadáver entero y hasta con una sonrisa porque estaba leyendo una revista con mujeres desnudas de la colección de Sole lejos del transformador. Dijeron que era Luluca y lloraron y al día siguiente aparecieron los titulares y la crónica porque efectivamente se publicó el diario. Mamy dijo que había valido la pena. El segundo jardinero dijo que no lo podía creer pero le regalaron una casa y además tenía otros hijos.

¡Tuc! hizo el sillón y se detuvo. Mamy inspeccionó el interior del auto y dio la orden de abordaje. Bajó la rampa, subió el sillón, subió Mamy, después las tías, los tíos, las primas, los primos. Se sentaron y cubrieron las piernas de la Meme con una manta de guanaco.

–Se va a morir de calor –dijo la Tata.

–No se va a morir nunca de nada –dijo el Piojo.

Ambas frases al oído una del otro y el otro de una. O: muy juntos andan siempre esos dos, como decía Idita. Y agregaba: demasiado. Porque el casamiento entre primos, ya se sabe, trae hijos degenerados; además de lo de la dispensa papal. Mamy levantó el teléfono para hablar con el chofer.

–Me parece que me corresponde a mí –dijo Odo–. Yo fui el de la idea.

–Si es por eso –dijo Bobi–, Leila es la agasajada, le corresponde a ella.

–¡Eso! –dijo Robi.

–Tonterías –dijo Mamy.

–Sí, sí –dijo la Meme.

–¡Alvaro! –gritó Mamy en el teléfono.

–No se llama Alvaro –dijo Celeste.

–Se llama como a mí se me da la gana –dijo Mamy con toda razón, y siguió:

–Alvaro, vamos a ir a

Se interrumpió:

–¡Ay! –gimió.

–Qué, qué, qué.

–¡Papi! ¡Nos olvidamos de Papi!

Se mandó a Marieta, Biondo, la Tata, Ofelia y el Rata a buscar a Papi. Hay que decir que tardaron bastante. Explicaron que habían recorrido toda la casa y, oh, ah, qué cosa, no estaba en ninguna parte, ¿cómo en ninguna parte?, y, no, pero al fin, ah, oh, lo habían encontrado.

–Estaba en el salón de la Venus, silbando.

–¿Qué silbabas, Papi? –preguntó Mamy.

Papi sonrió.

Allá iba el auto, enorme, negro, suave como una pantera pero del tamaño de una ballena. No se lo puede comparar directamente con una ballena porque dónde se ha visto una ballena por la ruta y si se hubiera visto sería de lo más torpe e inadecuado. Una pantera suave, lenta y mortal. Dueña y señora de la ruta por la que, hay que ver, no circulaba nada ni nadie. Allá arriba, en la cabina, Alvaro miraba hacia el horizonte.

–Es feo el campo –dijo Vivi.

–Silencio, mocosa –dijo Salo.

–Respiren hondo el aire puro –dijo Mamy.

–¿Con todos los vidrios cerrados?

–Respiren hondo el aire acondicionado.

Los chicos se rieron.

–Qué juventud –dijo Celeste.

–Ya no hay respeto –dijo Ergelinda.

–Se han perdido los valores –opinó Victorio.

–Insoportables –dijo Titino.

Más y más adentro por el campo amarillo. Un sol amarillo cae a pico sobre la tierra amarilla en la cadáveres amarillos de árboles amarillos se retuercen de dolor y secos cauces amarillos de ríos amarillos arden

y reverberan a la luz. La ruta temblequea, el paisaje se deshace en una gelatina fofa, y la pantera sigue, sigue más hondo hacia el campo, más adentro, más lejos.

–Hay que llamar al diario esta noche cuando volvamos –dijo Aída.

Mamy estuvo de acuerdo:

–A ver, Leila querida, vos que sos tan imaginativa, si escribís una linda nota acerca del picnic, sin olvidarte de la marca del auto y el precio, de la manta de piel de la Meme, mi camafeo y el silbido de Papi. Silbá algo, Papi.

Papi sonrió y silbó.

–Bueno, basta Papi, está bien.

Papi se calló.

–Andá pensándola, querida, con un lindo título llamativo, ¿eh?

–¿Dónde hay un lindo lugar? –preguntó Luci.

–No hay –dijo Bobi.

–¡Eso! –dijo Robi.

–En todo caso –dijo Odo que no se iba a perder el picnic– comemos en el auto.

–Entonces podemos comer ya –dijo Ofelia.

–¿No pensás más que en comer vos? –dijo Ergelinda–. Estás hecha un chancho.

–Chancho o no, seguro que me caso, no como vos. Se van a pelear por mí cuando yo quiera.

–Basta, Ofelia – dijo Mamy–. No me parece bien eso de comer en el auto.

–Qué tiene –dijo Odo–, retiramos el sillón de la Meme, ponemos las banquetas de los chicos en la parte de adelante y las butacas nuestras atrás, corremos las mesitas, ponemos del otro lado el secreter, el armonio lo dejamos porque es muy pesado para cambiarlo de lugar, tendemos el mantel sobre las alfombras, nos sentamos en el suelo y comemos.

–¡Ahí, ahí! –gritaban los chicos– ¡Ahí, ahí!

Los tíos y las tías y Mamy y Papi miraron a través de los vidrios. La pantera, la ballena, el auto negro y suave seguía andando por la ruta caliente. Pero allá a la izquierda en medio del campo amarillo había una mancha verde.

–¡Verde! –gritó Pilili– ¡Verde como las plantas del invernadero!

–Alvaro –dijo Mamy en el teléfono.

–Verde, qué verde tan raro –dijo Leila.

–Tendrías que llamarte Margarita –le dijo Faustito– ¿Sabés por qué me llamo como me llamo? –y le metió la mano bajo la falda.

Leila pataleó, abriendo mucho los ojos, sofocada, muda.

–¿Qué te pasa, querida? –preguntó Mamy.

–Sí, sí –dijo la Meme.

Fustito sacó la mano, la mano es más rápida que el ojo, nada por aquí, nada por allá. Leila juntó las piernas fuerte fuerte.

El auto negro enorme salió de la ruta y un poco menos suavemente enfiló por el campo hacia el verde.

–¿Esto será lo que llaman un bosque? –preguntó Ofelia.

–No digas pavadas –dijo Titino.

Tendieron el mantel bajo los árboles sobre la hierba verde tierna y dócil. Los chicos hicieron rondas y jugaron y bailaron.

–Juegos de manos juegos de villanos –dijo Ergelinda.

La Tata le sacó la lengua pero Ergelinda ya estaba mirando para otro lado.

–¡A comer, a comer! –llamó Mamy.

–Qué buena idea tuviste, Odo –dijo Aída cuando terminaron.

Odo sonrió con modestia.

–Silbá, Papi –dijo Mamy.

Papi silbó. Como un cuchillo el silbido, como una navaja, como un hilo de acero en el aire. “Sotto una quercia parvemi”, “Celeste Aída”, “O rosa fortunata”, “Vesti la giuba”, “E lucevan le stelle”, y el silbido subía, subía, y bajaba, se tendía, vibraba, echaba chispas, llamas, agua y lágrimas y sangre. “Ah Manon, mi tradisce”, y de pronto alguien gritó. Un grito hace trizas un silbido, está probado. Papi se llamó a silencio.

–Y ahora qué pasa –dijo Mamy medio adormilada.

Los tíos y las tías abrieron los ojos. Los chicos se incorporaron, asomando entre las hierbas, el Piojo dejó el escote de la Tata, Leila avanzó un paso, dos.

–Estamos rodeados –dijo Bartolo.

–Tranquilos –pidió Eitelredo–, tranquilos.

–Qui – qui – quiénes son– dijo Faustito.

–Faustito, no tartamudees si no querés andar otra vez con la boca llena de piedras –dijo Mamy.

Después miró a su alrededor:

–No sé quiénes son ustedes –dijo–, ni me importa. Evidentemente no son gente de nuestra clase. Tampoco sé lo que quieren pero les aconsejo que se retiren y nos dejen disfrutar en calma de este domingo de verano en el campo. Si piensan en robarnos, se van a llevar un chasco. Como ven, no tenemos nada para darles. Hemos comido todo lo que trajimos y apenas si quedó un ala de pollo y un sandwich de queso para Alvaro. Alvaro es nuestro chofer, que está allí sentado en la cabina del auto y es un fiel servidor que está con nosotros desde hace años. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, que no tenemos nada. Dinero tampoco. No llevamos dinero encima, nunca, no lo necesitamos. Todo el mundo nos conoce en la República del Rosario, somos la familia más antigua, más distinguida, más poderosa del país. Con decirles que el diario “La Gran Capital” que es el diario más antiguo de la república y de todos los países limítrofes,

sale sólo cuando hay algo que decir de nosotros, fíjense. Si están muy necesitados, por supuesto que podemos hacer algo por ustedes, no somos unos desalmados, todo lo contrario, siempre hemos sostenido que el que tiene debe ayudar al que no tiene, siempre hemos hecho caridad y hemos asistido a los pobres. Pero éstas no son maneras, francamente, esto de presentarse así, como salteadores. Tienen que ir a nuestra casa, cualquiera les va a indicar adónde queda. Tienen que llamar a la puerta de servicio y explicar claramente la situación en la que están para que podamos ver qué medidas tomar. Mientras tanto, les agradeceremos que se vayan. No sé adónde viven ustedes, tan lejos de la civilización, pero váyanse allá y dejen que nosotros despidamos de su vida de soltera a Leila en familia, sin intromisiones. Leila es esta criatura encantadora que ¡Leila! ¡Leila! ¡Pero qué estás haciendo! ¡No, Leila, no, no, eso no se hace! ¡Qué va a decir tu novio! ¡Leila! ¡Adónde vas, Leila! ¡Leila! ¡Leilaaaaa!

El auto negro suave como una pantera silenciosa reina de la selva lustrosa y única se deslizó por la ruta de vuelta a casa. El sol era anaranjado y el mundo era ceniciento y el verano no se iba a acabar nunca.

–Más rápido, Alvaro –dijo Mamy.

–Insisto en que fue un lindo día –dijo Odo.

–Esta noche voy a tu cuarto –dijo el Piojo al oído de la Tata.

Ella asintió.

–Quién va a escribir ahora la nota para el diario– se lamentó Ida.

–Yo podría, a lo mejor, digo, no sé –dijo Idita.

–La fruta podrida –dijo Bobi– pudre a las sanas.

–¡Eso! –dijo Robi.

Una lágrima bajó despacito por el cachete de Ofelia.

El auto se detuvo. Al tope de la escalinata las puertas dobles se abrieron sin ruido. Bajó la rampa del auto, el sillón Chippendale se deslizó hasta el camino de baldosas trac, trac, trac.

–No se hable más de esto –dijo Mamy.

Trac, trac, trac hizo el sillón. La Meme levantó la cabeza y los miró a los ojos:

–Algo arde –dijo–, desconocido y más rico que los poderosos del mundo, algo arde, escondido en las raíces. ¡Cuidado, hijas de mis hijas, cuidado! Hay dos caminos ¡cuidado!, no hay que equivocarse porque ya está ardiendo.

El sol se puso:

–¿Necesita algo más la señora? –preguntó Alvaro.